

Educación y Valores



Por FERNANDO PARIENTE

El educador aséptico

El tutor transmisor de valores

Los valores al aula

El tema de los valores, la educación en los valores, está de actualidad y aparece asiduamente en las revistas educativas. ¿Será esto un reflejo de que comienza a preocupar ya una educación demasiado fundamentada sobre el conocimiento científico?

Para hablar de los valores en educación conviene remontarse un poco en la historia escolar de hace algunos años. Probablemente no hará falta realizar un análisis muy profundo, bastará una simple reflexión, echando mano de la memoria de las imágenes, quizá un poco estereotipadas, que tengamos de la nuestras clases los que hoy ya somos padres de familia o profesores. Es posible que al proceder así se cometa alguna generalización poco justa, pero puede quedar disculpada porque se trata de clarificar las ideas por medio de imágenes más que de ejercer ningún tipo de crítica, ni constructiva, ni destructiva.

En muchos centros los valores eran antes completamente ajenos a la organización escolar. El profesor se sentía solamente transmisor de un conocimiento en una rama específica de la ciencia y ponía conscientemente una distancia «reglamentaria» entre su persona y la del alumno. El término enseñante, que tan de moda parece ahora, alude a una situación así, aunque muchos de sus usuarios no pretendan definirse de ese modo. Todos recordamos profesores que llegaban a clase, numeraban a los alumnos, explicaban o preguntaban tratando a todo el mundo de usted y sin conocer a nadie por su nombre, y, al marchar, cerraban la puerta tras de sí dejando encerrada en el aula su historia pedagógica. En los pasillos, el saludo correcto y distante, contribuía aún más a remachar la imagen de persona que se mantenía al margen, sin mezclarse en los asuntos privados de sus alumnos.

Existían antes, quizá todavía existan ahora, centros donde predominaba esta clase de profesor y el alumno se sentía sometido a una educación academicista, bastante fraccionada y falta de un objetivo último que diese sentido a tantos conocimientos de tantas asignaturas. Probablemente lo único importante como meta final fuese la de preparar una reválida y enviar así algunos elegidos a la Universidad.

El educador aséptico

Es probable que los tiempos hayan cambiado tanto que esto sea demasiada caricatura. Quizá no existan ya aquellos colegios en los que una constelación de «vacas sagradas» regían los destinos académicos de sus pupilos fijando cada uno sus propias normas y ajenos a todo lo que no fueran las intocables leyes y princi-

pios de sus ciencias respectivas. Hoy se abren y se están abriendo paso otras actitudes: abundan ya los maestros que, además de enseñar la ciencia que profesan, se proponen simultáneamente otras metas y objetivos que lograr de sus alumnos.

Que una de las misiones de la escuela sea educar para la convivencia y la democracia es en la actualidad una especie de axioma que nadie pone en tela de juicio, aunque todavía no sean muchos los pasos que se vayan dando para conseguirlo eficazmente, y ahí tenemos ya unos valores admitidos por cualquier centro escolar, por aséptico que éste pretenda ser. Y digo aséptico porque el problema principal que late en el fondo de esta cuestión es el de la asepsia y honradez del profesor adulto, mental y moralmente hecho, que se erige en guía y mentor de una «personilla» todavía en ciernes y susceptible de ser enfocada en una u otra dirección... Los conocimientos objetivos son una especie de torre de marfil en la que encerrar la impoluta honestidad, respetuosa de las intimidades, voluntades, creencias y destinos de los alumnos. Los valores, por el contrario, son subjetivos, personales y dependen de principios y sentimientos muy respetables, pero carentes del rigor de la ciencia objetiva.

Paralelamente, sin embargo, siempre han existido y ahora también existen otros centros escolares y otros profesores que actuaban y actúan desde perspectivas muy distintas: su meta principal la de educar, es decir, formar una personalidad imbuyendo una serie de valores determinados; la transmisión de una ciencia y de unos conocimientos son considerados como elementos subsidiarios. Todas las escuelas que se definen a sí mismas mediante un ideario están eligiendo como objetivo prioritario el de inculcar en sus alumnos un sistema de valores, sea éste del carácter que sea. La mayoría de los colegios privados pertenecen a este grupo y, obviamente, todos los colegios que se declaran colegios confesionales.

El tutor transmisor de valores

SEA como fuere, e independientemente de la actitud que toma, la escuela se enfrenta con este hecho irremediable: los alumnos que recibe se hallan en un período de su vida que se caracteriza precisamente por ser el momento fundamental en la adquisición y asimilación de valores. Puede ser discutible en qué medida deba ella intervenir en ese proceso, pero que le concierne es algo inevitable.

Desde la Ley General de Educación de Villar Palasí, de 1970, este hecho se ve reflejado en los textos legales que organizan nuestro sistema escolar. En ella se crea la figura del tutor, inexistente hasta entonces en el marco legal de la escuela española. El tutor asume esta tarea específicamente educadora de los alumnos y se responsabiliza en la consecución de unos objetivos globalizadores que están por encima de las visiones parciales de la realidad que presenta cada una de las asignaturas. Estos objetivos tienen que estar constituidos por valores tales como responsabilidad, sentido social, compañerismo, sentido de la justicia, sentido del trabajo, etc. Obviamente quien debe ejercer la función de tutor de un alumno ha de ser un profesor y, en los primeros años de la EGB, donde un profesor único imparte todas las materias, éste tiene que desempeñar esta función.

Sin embargo, la puesta en práctica de esos presupuestos demuestra que no todos los centros conciben el funcionamiento de las tutorías de igual modo. Ver, aunque sea some-

ramente, estos distintos modos de proceder nos va a dar algunas luces más sobre este asunto de los valores en lo educativo. Hay Centros en los que se reserva la función del tutor a unas cuantas personas del claustro muy determinadas —elegidas, incluso—. Para ejercer su función dichas personas se ven liberadas de clases y por eso tienen generalmente un número elevado de alumnos, muchas veces hasta un curso entero. Tenemos así dividido el claustro en dos tipos de profesores, los que son simplemente profesores y sólo se responsabilizan en impartir una asignatura y los que además de profesores son tutores y por tanto se responsabilizan, además de transmitir conocimientos, de educar. Dado que los programas didácticos están muy apretados y los horarios sobrecargados, los tutores se ven forzados a cumplir su misión en una hora semanal de reuniones, clases o sesiones de formación humana, y eso en el mejor de los casos. Este tipo de organización no sirve si se quiere plantear uno seriamente una educación en función de unos valores.

Los valores al aula

UN tutor, transmisor de valores, igual que una especie de «deus ex machina» de la vida escolar, no puede ni en entrevistas particulares, ni en sesiones grupales de una hora semanal, hacer nada por la transmisión de valores que presente un mínimo de eficacia. Los alumnos están en el centro un tiempo aproximado de 40 horas/semana, pero el 90% de ese tiempo están en clase. ¿Cuándo, pues, van a asimilar y asumir valores si no es el tiempo de clase el destinado a esa función?

La adquisición de un valor supone que se ha convertido en algo propio de la persona, que informa su comportamiento y dirige sus actuaciones. Eso requiere un largo tiempo y una continuidad.

Es precisamente por esta razón por la que quien quiera asumir una educación orientada hacia la adquisición de valores tiene que asumir que esa es una función específica del profesor, que los valores se transmiten en las aulas y que, por tanto, todo profesor participa de la tarea de educador y eso no es sólo misión de los tutores.

Si queremos que los valores entren en la escuela eso sólo podrá realizarse eficazmente si se hace de la mano de los profesores, gracias a un cambio de su propia mentalidad didáctica. Educar es un asunto de todos y cada uno de los miembros de un claustro. Cuando se trabaja con niños o adolescentes no se puede ser únicamente transmisor de conocimientos científicos. Claro que el trabajo intelectual y los conocimientos científicos son también imprescindibles para que se produzca una asimilación verdadera de un sistema de valores.